

CAPITULO XIV.

1848-1849.

Operaciones posteriores á la ocupacion de Valladolid y Tihosuco.—Nuestras tropas recorren victoriosamente los alrededores de aquella ciudad.—Establecimiento de los cantones avanzados de Chemax y Yalcobá.—Se experimentan mayores dificultades en el Sur.—Acciones de Cúlumpich y de Ekpeo.—Se establecen los cantones de Chikinonot y Sábán.—Sitian los indios este último pueblo y el de Tihosuco.—La guarnicion de ámbos hace esfuerzos heróicos, pero inútiles, para alejar á los sitiadores.

El año de 1848, quizá el mas fecundo en acontecimientos que se registra en las páginas de nuestra historia, había terminado de una manera gloriosa para la causa de la civilizacion. Con la recuperacion de Tihosuco y Valladolid, quedaba sometida al gobierno la region mas habitada de la península, y reducidos los bárbaros á las selvas y al desierto en que había tenido su cuna la insurreccion. Pero la campaña comenzó á presentar desde entónces dificultades mas serias, así porque el indio sabe aprovechar admirablemente la espesura del bosque para hacer la guerra, como porque no hay un solo habitante de aquella comarca, que tenga el menor átomo de simpatía

por la raza blanca. Los capítulos que ván á leerse en seguida, vendrán muy pronto á confirmar la exactitud de estas observaciones.

Comencemos por el oriente, donde los indios se manifestaron por aquella época ménos bravos y emprendedores que en el sur, aunque no por ésto se óstinaron ménos en mantener viva la llama de la insurreccion. Luego que fué ocupada la ciudad de Valladolid, comenzaron á salir para los pueblos inmediatos expediciones mas ó ménos numerosas, que llevaban un triple objeto: batir á los sublevados sin descanso, recobrar á los prisioneros blancos que tenían consigo y procurar la presentacion de aquellos que ya no quisieran pertenecer á sus filas. El capitan D. Eulalio Paredes en Tikuch, D. José Crescencio Guerra en Popolá, el teniente coronel Molas en Tesoco y el primer ayudante D. Manuel Cepeda Peraza en Kanxoc y Tixhualhtun, obtuvieron desde los primeros dias de enero resultados muy importantes bajo todos estos aspectos. Tambien consiguió un éxito semejante en Tixcacalcupul y Tekom el coronel D. Juan José Méndez, al venir á Valladolid desde Tihosuco, cumpliendo con las órdenes del general en jefe. Llegó á aquella ciudad el 6 é inmediatamente se hizo cargo de todas las fuerzas que existían en la plaza, como comandante de la 4.^a Division (1).

Desde este momento el coronel Méndez se propuso seguir el mismo sistema que su antecesor D. Lázaro Ruz, y nuevas expediciones volvieron á salir de la ciudad con el objeto de recorrer incesantemente la comarca. Al terminar el mes de enero habían sido ya recobrados, ó reconocidos cuando ménos, los pueblos de Cuncumul, Ebtun, Jitnup y Temoson, causando no poco estrago en las filas enemigas (2). En el mismo mes se estableció un canton

(1) Boletin oficial, números 201, 205 y 206.

(2) Boletin citado, números 212, 219 y 225.

en Chemax, y mas adelante se estableció otro en Tikuch, con el objeto de proteger la comunicacion del primero con la plaza de Valladolid. En febrero el teniente coronel D. Lázaro Ruz llevó una fuerza al rancho Xnacocob, con el objeto de sorprender al famoso asesino Bonifacio Novelo, y aunque no logró la aprehension de este cabecilla que huyó sin combatir, la expedicion obtuvo un resultado satisfactorio por los víveres, las municiones y los caballos que el enemigo abandonó en su fuga (3).

En marzo y abril las expediciones recorrieron una área mas dilatada. Se estableció un canton en Yalcobá, que fué puesto bajo las órdenes del primer ayudante D. Manuel F. Mezo, y así éste como el teniente coronel Molas, que mandaba el de Chemax, llevaron el espanto y el terror á las huestes sublevadas, recorriendo victoriosamente los alrededores. Una de las incursiones mas célebres de aquella época fué la que se desprendió de Tizimin el 11 de marzo á las órdenes de D. Manuel Cepeda Peraza, con direccion al heroico pueblo de Chancenote. Los indios intentaron oponerse varias veces á su tránsito; pero los derrotó en todos los encuentros que tuvo con ellos; y despues de haberles causado pérdidas considerables, contramarchó al punto de su partida, trayendo consigo un abundante botin y mas de 300 prisioneros (4).

Fuera de los cantones avanzados de que hemos hecho referencia, había tambien otros en Tizimin, Espita, Tinum, y en general en todas aquellas poblaciones que se hallaban en la frontera de la línea ocupada todavía por el enemigo. De todos estos cantones salían frecuentemente algunas partidas, que recorrían los pueblos, haciendas y bosques de las inmediaciones, con el objeto de perseguir sin trégua á los bárbaros. Estos generalmente se re-

(3) El mismo Boletín, número 245.

(4) Boletín citado, número 270.

sistían hasta donde les era posible, aunque otras veces se ocultaban en los alrededores de los cantones, para acometerlos en los momentos en que se hallaban mas desprovistos de fuerzas.

Mayores eran las dificultades que pulsaba en el Sur el coronel D. José Eulogio Rosado, á cuyo mando se conservaban todavía las fuerzas que habían operado sobre Peto y Tihosuco. Luego que fué ocupado este último pueblo, comenzaron como en Valladolid, á salir expediciones para recorrer la comarca. La primera fué dirigida á la hacienda Culumpich, que como recordará el lector, era de la propiedad de Jacinto Pat, y á la cual se creía que se hubiese retirado este caudillo. Comprendióse desde entónces lo que podía esperarse de los indios de aquella region, porque presentaron una obstinada resistencia en el camino y en la misma hacienda, á las fuerzas que conducía D. José María Vergara, que acababa de ser ascendido á teniente coronel. Pasando sin embargo sobre toda clase de obstáculos, este jefe se apoderó de Culumpich, en cuyos corrales é inmediaciones se encontraron varios cadáveres y muchos rastros de sangre. Desgraciadamente se encontró tambien en la hacienda un gran depósito de aguardiente, que provenía de una fábrica establecida allí por el propietario, y cuenta la tradicion que no solamente los soldados, sino tambien algunos jefes y oficiales, se arrojaron sobre los envases y apuraron inconsiderablemente su contenido.

Fácilmente pueden calcularse los resultados de esta imprudencia. Los indios que la sospecharon, se presentaron algunos momentos despues en la hacienda, y como la fuerza de Vergara no estaba ya en estado de batirse, emprendió su retirada con algun desórden. Los indios se propusieron seguirla, y hubieran hecho en ella grandes destrozos, si D. Eulogio Rosado, advertido de lo que pa-

saba, no hubiese hecho salir de Tihosuco una fuerza para proteger la retirada. El teniente coronel Pren, á quien se confió el mando, emprendió su marcha á la caída de la tarde, y dos horas despues favorecido por la claridad de la luna que se abría paso trabajosamente entre las ramas del bosque, comenzó á divisar á los primeros dispersos que se hallaban diseminados por el camino. Ebrios, como estaban, tuvo necesidad de destacar algunas guerrillas que los condujesen á Tihosuco, y él entretanto continuó su marcha hasta la hacienda Macal, en donde el teniente coronel Vergara hacía algunos esfuerzos para reparar el mal que no había podido evitar. Pren avanzó todavía un poco mas con direccion á Culumpich, porque varias detonaciones que se dejaban oír á lo léjos, indicaban que á cierta distancia se libraba todavía un combate. No tardó en encontrarse con una fraccion de la fuerza de Vergara, que un valiente capitan había logrado conservar unida para guardar la retaguardia á los dispersos. Pren contramarchó con ella á Macal, en donde levantó atrincheramientos para pasar la noche, á fin de no ser víctima del enemigo, que se hallaba muy satisfecho y orgulloso con la ventaja casual que había alcanzado aquel dia. Pero á la mañana siguiente emprendió de nuevo su marcha, ocupó á Culumpich, derrotó á los indios cuantas veces quisieron oponerse á su paso, y despues de haberlos ahuyentado hasta los ranchos Chanakinsé y Xecom, volvió al campamento principal, trayendo consigo un prisionero, á quien se le había sorprendido una correspondencia de Jacinto Pat.

El coronel D. José Eulogio Rosado habia subido por algunos dias á Tihosuco; pero poco despues se regresó á Ichmul donde estableció su cuartel general, dejando el mando de la primera plaza al coronel D. José D. Cetina. Este hizo marchar una fuerza á Ekpeo y otra al rancho Chomac, y aunque ámbas alcanzaron notables ventajas, los

indios léjos de desanimarse con su derrota, se presentaron al dia siguiente frente á Tihosuco, batiendo la plaza por tres direcciones distintas. El coronel Cetina los obligó á huir despues de algunos combates, y en seguida marchó con 400 hombres á la hacienda Culumpich con el objeto de batir sin trégua á los sublevados. Tambien consiguió en esta expedicion vários triunfos, á costa de los voluntarios americanos, de los cuales fueron muertos y heridos mas de cuarenta, así por el arrojo con que peleaban, como por el poco conocimiento que tenían de las estrategias del salvaje (5).

Tuvieron lugar estos sucesos en los últimos dias del año de 1848, y al comenzar el siguiente, D. Eulogio Rosado se propuso establecer dos nuevos cantones que debían servir de proteccion á los ya establecidos. Fijóse para este efecto en los pueblos de Chikinonot y Sabán, situado el primero al norte de Ichmul y el segundo al sur. A Chikinonot fué enviado con 300 hombres el teniente coronel D. Pablo A. Gonzalez, quien al apoderarse del pueblo en la mañana del 9 de enero, aprehendió al capitan Yamá con todas las armas, municiones y víveres que tenía allí para su defensa. Al dia siguiente los indios intentaron recobrar la poblacion; pero fueron rechazados con energía, y entónces algunos de ellos se presentaron con sus armas, acogiéndose á la clemencia del gobierno (6).

Tambien el primer ayudante D. Juan de la Cruz Salazar, que con 350 hombres fué enviado á Sabán, ocupó sin gran resistencia este pueblo en la mañana del 17. Pero estaba destinado este canton á sufrir uno de los sitios mas tenaces y cruentos de aquella época aciaga, y desde el 18 le acometieron los indios por primera vez, hiriendo gravemente á varios de sus defensores. El comandante Salazar

(5) Boletín oficial del número 190 al 201.

(6) El mismo Boletín, números 211 y 212.

se defendió con valor y consiguió triunfar de los agresores; pero este triunfo de nada le valió, porque los indios volvieron á acometerle en los dias subsecuentes desde los atrincheramientos que habian formado en los alrededores de la poblacion. Salazar sacaba cuando podia algunas guerrillas que se arrojaban violentamente sobre los sitiadores y los hacían huir; pero cuando rayaba el alba del dia siguiente, ya estaban de nuevo en sus trincheras, armando una algazara infernal consus gritos y sus amenazas. El coronel Rosado auxilió á Sabán con una seccion de 250 hombres que marchó á las órdenes del capitán D. Leandro Pavía; y aunque con este refuerzo pudieron activarse las operaciones contra los sitiadores, no se obtuvo ningun resultado satisfactorio. Los indios se habian propuesto hacer sucumbir aquel canton avanzado, y la sangre y las lágrimas con que regaban diariamente sus alrededores, no eran bastantes para hacerles desistir de su propósito (7).

El pueblo de Tihosuco comenzaba por la misma época á ser teatro de escenas no ménos terribles y sangrientas. Los bárbaros comenzaron por atrincherarse en los caminos de Culumpich y Tzitz, y aunque D. Felipe Pren los derrotó en la mañana del 19 y les incendió todas sus barracas, el 24 se presentaron súbitamente en Tihosuco al despuntar la aurora. El Sr. Pren que acababa de ser ascendido á coronel, y que en ausencia del Sr. Cetina, era ya el comandante de la plaza, sacó inmediatamente dos partidas de á doscientos hombres con el objeto de batir á los agresores. Però todo fué inútil. Los indios habian traído el firme propósito de sitiar á Tihosuco y la guarnicion no pudo evitar que colocasen sus atrincheramientos á corta distancia de la línea de defensa. Desde

(7) Boletín citado, números 217 y siguientes hasta el 294.

este momento quedó establecido el sitio, tan riguroso al ménos como lo acostumbraban los indios, y un auxilio de 250 hombres que mandó tres dias después el coronel Rosado, no habria podido llegar á la plaza, si no se hubiese desprendido de ésta una fuerza competente para proteger su entrada. (8)

El recinto fortificado de Tihosuco estuvo limitado al principio á la plaza y á dos cuadras en contorno. Però habiendo demostrado la experiencia que esta línea era insuficiente para contener la audacia del enemigo, hubo necesidad de ocupar y fortificar tres de las plazuelas que se hallaban en las extremidades de la poblacion, y que tomaban su nombre del de los pueblitos en cuya direccion se hallaban. Estas plazuelas fueron comunicadas con el recinto principal por medio de calles igualmente fortificadas.

Los atrincheramientos de los sitiadores estuvieron en los primeros dias á la vista de los sitiados, aunque á notable distancia. Però no tardaron en aprovechar una coyuntura para aproximarlos. La fuerza que salió el dia 27 de enero escoltando la posta que diariamente se dirigia á Ichmul, empeñó un combate con los indios cuando apenas habia avanzado dos cuadras fuera de la línea. El coronel Pren envió inmediatamente un socorro de 100 hombres, con el cual pudo abrirse paso al cabo de media hora la posta; pero cuando en la tarde volvió á entrar después de un nuevo combate, los indios salieron audazmente de sus trincheras y se arrojaron á pecho descubier-to sobre las de la plaza. El vivo tiroteo con que fueron recibidos por los sitiados, no bastó para amedrentarlos. Avanzaron unos cuarenta pasos con la mayor imperturbabilidad, y protegidos por las pequeñas lomas que los accidentes del terreno forman en las calles mismas de la

(8) El mismo Boletín, números 219 y 223.

poblacion, levantaron allí una nueva línea de trincheras (9).

No cansaremos al lector con referirle detalladamente todos los pormenores del memorable sitio de Tihosuco. El coronel Pren, dignamente secundado por toda la guarnicion, hizo constantes y heróicos esfuerzos para obligar al enemigo á levantarlo. Con frecuencia salian de la plaza secciones mas ó ménos numerosas, que volvian en seguida para atacar por retaguardia á los sublevados, miéntras los atacaban de frente los que se habian quedado dentro de la línea. Los indios resistían con valor todos estos ataques, y aunque algunas veces se veian obligados á désamparar su primera línea de circunvalacion, y hasta la segunda, las tornaban á ocupar luego que los blancos volvian á entrar dentro de su línea, y realizaban sus trincheras á costa de cualquier sacrificio.

La conduccion de la posta tambien daba lugar á combates frecuentes con los sitiadores, á pesar de que para disminuir sus estragos, se estableció un canton en la hacienda Xcábil, situada á la medianía del camino que conduce á Ichmul. En el asedio de Sabán mostraban los indios igual tenacidad. El mismo comandante del canton, D. Juan de la Cruz Salazar, fué herido gravemente en un combate, por cuyo motivo se encargó provisionalmente del mando de la plaza el primer ayudante D. Cándido Gonzalez. La guarnicion de este punto estuvo en peligro de perecer de hambre, porque habiendo advertido los indios que el rancho se le llevaba del pueblo de Sacalaca, cayeron un dia sobre él y obligaron á huir al corto número de sus defensores. Felizmente fué recobrado al poco tiempo, acaso porque los bárbaros no se empeñaron en conservarlo (10).

(9) Boletin citado, número 227.

(10) El mismo Boletin, número 241.

Así transecurrieron los cuatro primeros meses del año. Nada se adelantaba en la campaña del sur, y entretanto disminuía considerablemente el número de los defensores de Tihosuco y Sabán. Los combates que se empeñaban casi diariamente con los sitiadores, llevaban á unos al sepulcro y á otros á los hospitales. Es verdad que los indios morian en mayor cantidad; pero como fuera del terreno que pisaban nuestras tropas, toda aquella extensa comarca les pertenecia por completo, podian reponer á cada instante—y reponian ciertamente con usura—las bajas que experimentaban. El gobierno del Estado no podia hacer otro tanto, y en aquellos momentos se hallaba entregado á la mayor desesperacion, porque consumidos ya los ciento cincuenta mil pesos con que el gobierno federal le habia auxiliado, no sabia de donde sacar los recursos necesarios para cubrir los gastos de la campaña. La victoria habia acompañado constantemente á nuestras armas, miéntras solo se trató de recobrar aquella porcion de territorio, de que siempre habian estado en posesion las razas civilizadas de la península. Pero desde el momento en que habian avanzado hasta Tihosuco y Valladolid, los indios daban muestras de ser invencibles en los bosques que se extienden desde el oriente de aquellas poblaciones hasta la costa. Otro tanto podia decirse de la vasta region que se extiende desde el sur de la cordillera hasta los límites de Guatemala.

Era ya necesario en consecuencia adoptar algun recurso extraordinario para poner fin á la guerra, ó cuando ménos para disminuir sus estragos. Hacía mucho tiempo que el gobierno del Estado venía meditando sériamente en el asunto, y había creído encontrar este recurso en la reocupacion de la villa de Bacalar, de la cual se hallaban en posesion los sublevados desde abril del año anterior. Es verdad que una expedicion tan lejana requería gastos

considerables; pero se creia generalmente que produciria el doble efecto de intimidar á los indios con ocuparles su retaguardia, y de impedirles, hasta donde fuera posible, que siguieran proveyéndose de armas y municiones de guerra en la colonia británica de Belice. El gobierno se decidió por esto á emprenderla, haciendo toda clase de sacrificios; pero nosotros no podemos acometer su narracion, sin examinar ántes algunos sucesos que la precedieron, y sobre todo el derecho que podian tener nuestros vecinos los ingleses de fomentar la guerra de bárbaros, vendiéndoles todos los efectos que necesitaban para hostilizarnos.



CAPITULO XV.

1821-1848.

Estado que guardaban las relaciones de Inglaterra y España respecto de Belice, al proclamar Yucatan su independencia.—El tratado que la primera nacion celebra con México en 1826, declara vigentes los de 1783 y 1786.—Hechos que demuestran que el gobierno inglés y aun los mismos habitantes de Belice se creian simples usufructuarios de este territorio.—Infracciones de los tratados cometidas por los últimos.—Cuando estalla la guerra social venden armas y pólvora á los indios.—Contestacion dada á un comisionado del gobierno de Yucatan.—Los sublevados atacan á Bacalar.—La villa cae en su poder despues de un sangriento combate y capitula la fortaleza.—El comercio con los ingleses se hace mas activo.—Reclamaciones del gobierno mexicano al Encargado de Negocios de S. M. B. en México.

Al ocuparnos por la última vez de Belice en el capítulo VII, libro VI de esta historia, fijamos la situacion en que quedó colocada la colonia británica respecto de Yucatan, en los momentos en que México consiguió emanciparse de su antigua metrópoli. Vamos á condensar en pocas líneas lo que dejamos allí explicado en muchas páginas, con el objeto de que nos sirva de punto de partida para lo que debemos decir en adelante.